

CAPÍTULO III.

Del nacimiento de la Bienaventurada Virgen María y su santa infancia, hasta la Presentacion al templo.

Habíase cumplido el plazo prefijado en la mente divina para que apareciese en el mundo la bella Criatura, cuyo primer anuncio fué hecho en el mismo lugar donde el protopadre de los hombres rompiera por el crimen de desobediencia los lazos que le unian al Criador. El mundo, desheredado y envilecido, venia fijando su vista de generacion en generacion en esa preciosa Azucena de los valles, de la cual debia surgir el ilustre Vástago, por cuya venida tantos clamores se elevaban al cielo. Aurora brillante, en pos de la cual habia de venir el claro y refulgente día del amor y la misericordia, descollaba como majestuosa figura en las alegorías bíblicas, en los vaticinios de los Profetas, y hasta en los mitos paganos, donde se leia el nombre de la Virgen-Madre. Y con razon la humanidad tenia fija su espectacion en tan afortunada Criatura, toda vez que en Ella y por Ella debian realizarse los grandes misterios de cuyo cumplimiento pendia la rehabilitacion de la raza proscripta y desheredada.

Hemos tratado en el capítulo anterior de la Concepcion Inmaculada de la Madre de Dios y de los humanos, cuyas glorias y grandezas, cuyas virtudes heroicas y singulares privilegios son objeto de la presente obra. Parece que ante todo debíamos haber hablado sobre la espectacion del mundo por su venida: esto no obstante, de propósito lo hemos

dejado para este lugar, pues quisimos ocuparnos ante todo del gran privilegio que la hace singular, y que llenando de entusiasmo á todo el mundo cristiano, alegre y regocija con doble motivo á los hijos de la nacion que bajo tal misterio la reconoce por Patrona. Ahora, pues, que vamos á ocuparnos del nacimiento de esa Criatura fenomenal, prometida desde el génesis de la creacion, y que aparece en el horizonte de la Judea como obra maestra de la omnipotencia, de la sabiduría y del amor del Sér Supremo, nos creemos obligados á dedicar siquiera sea algunas líneas á demostrar cuán indudable es que la espectacion del mundo estaba fija en María, porque, como hemos dicho hablando de su Concepcion en gracia, y sirviéndonos de las expresiones de un eminente teólogo, todo el Antiguo Testamento, ya clara, ya figuradamente, nos habla de la Madre del Hombre-Dios.

No han faltado enemigos de María, émulos de su culto, que han afirmado que nada dicen acerca de Ella los sagrados libros. Tanto equivaldria el asegurar que los rayos del sol no iluminan al mundo ni vivifican las plantas. San Bernardo, á quien nadie se atreverá á disputar el ingenio, la profundidad de su saber, ni su recto juicio, asegura que los libros santos están llenos de las grandezas de María, que él encontraba con facilidad al leer los oráculos de los Profetas y la multitud de símbolos y figuras que se sucedian en el Antiguo Testamento. A aquellos que tal verdad dudaban, les retaba á que leyesen con atencion y detenimiento las Escrituras, asegurándoles que despues de tal exámen quedarian tan convencidos como él¹.

¹ Véase á San Bernardo, *Serm. infr. oct. Assumpt.*, y tambien la Homil. II sup. *Missus est*, donde dice: *Scrutare scripturas et proba quæ dico.*

Sin detenernos en aquella clara y luminosa sentencia de la que ya nos hemos ocupado, que fué pronunciada por Dios en el Paraíso, y en la cual iba envuelta la promesa, no solamente del Mesías libertador, sino tambien de la Madre que le habia de producir, *Pondré enemistad entre tí y la serpiente, etc.*, lo que nos hace conocer que desde entonces data la fecha de la espectacion universal del género humano por tan venturosa Mujer, ¿qué dijo divinamente inspirado Isaías? «Escuchad, ¡oh descendientes de David! El Señor os dará una señal *de su proteccion*: hé aquí que CONCEBIRÁ UNA VÍRCEN Y PARIRÁ UN HIJO, y su nombre será *Emmanuel*¹.» Jeremías, al hablar de un nuevo prodigio que el Señor habia de obrar sobre la tierra, llama la atencion de las naciones hácia una MUJER que CIRCUNDARÁ Á UN VARON². Fácil seria, si este asunto se llevase al terreno de la controversia, con sólo ir registrando los sagrados libros, presentar innumerables pasajes en los cuales se habla de la bendita Virgen de cuyas glorias nos ocupamos. La humanidad suspiraba por su feliz y venturoso parto, y por eso no podia apartarse del pensamiento de los Profetas y Patriarcas, y de todos los justos, que suspiraban por el cumplimiento de los vaticinios. Desde el Eden, entre cuyas amenidades fué ofrecida al par que su Santísimo Hijo, tan luégo como el pecado hizo caer á los primeros vivientes desde la altura de la mayor felicidad al abismo de la mayor desgracia, Ella fué el blanco de los deseos de todos los humanos.

Cuatro mil años de una espectacion universal estaban próximos á cumplirse, cuando Dios determinó que se verificase el venturoso nacimiento de la que habia de ser su

¹ Isaías, cap. VII, v. 14.

² Jerem., cap. XXXI.

Madre, y cuya dulzura incomparable, cuyos instintos de misericordia y cuya singular pureza habian sido por inspiracion divina vaticinados por aquellos á quienes la Providencia destinara en la sucesion de los siglos para anunciar al mundo los grandes sucesos que decian orden á la Reparacion de la humanidad. Demos á conocer ante todo los benditos padres á quienes estuvo vinculada la gloria de producir á la Virgen predestinada, á la Madre futura del suspirado Mesías.

La inspirada autora de la *Mistica ciudad de Dios*, nos hace el retrato de San Joaquin y Santa Ana, que fueron los dichosos padres de la Santísima Virgen. Vamos á trasladar la descripcion que nos hace, en la que no sabemos qué admirar más, si la profundidad de los conceptos ó la sencillez del relato. «Ambos, dice, fueron prevenidos y criados por la divina voluntad, para que fuesen hechos á medida de su corazon. San Joaquin tenia casa, familia y deudos en Nazareth, pueblo de Galilea. Y fué siempre varon justo y santo, ilustrado con especial gracia y luz de lo alto. Tenia inteligencia de muchos misterios de la Escritura y Profetas antiguos: y con oracion continua y fervorosa pedia á Dios el cumplimiento de sus promesas, y su fe y caridad penetraban los cielos. Era varon humildísimo y puro, de costumbres santas y suma sinceridad; pero de gran peso y severidad, y de incomparable compostura y honestidad.

»La felicísima Santa Ana tenia la casa en Bethlen, y era doncella castísima, humilde y hermosa, y desde su niñez, santa, compuesta y llena de virtudes. Tuvo tambien grandes y continuas ilustraciones del Altísimo; y siempre ocupaba su interior con altísima contemplacion, siendo juntamente muy oficiosa y trabajadora, con que llegó á la ple-

nitid de la perfeccion de las vidas activa y contemplativa. Tenia noticia infusa de las Escrituras Divinas, y profunda inteligencia de sus escondidos Misterios y Sacramentos: y en las virtudes infusas, Fe, Esperanza y Caridad, fué incomparable. Con estos dones prevenida oraba continuamente por la venida del Mesias: y sus ruegos fueron tan aceptos al Señor para acelerar el paso, que singularmente le pudo responder que habia herido su corazon en uno de sus cabellos; pues sin duda alguna en apresurar la venida del Verbo, tuvieron los merecimientos de Santa Ana altísimo lugar entre los Santos del Viejo Testamento ¹. »

San Joaquin era de la tribu de Judá, vástago ilustre de la familia de David; pero él, en compañía de su santa esposa, vivia sin esplendor ni grandeza, por más que su ascendencia la formara una dilatada serie de reyes. Veinte años de casados llevaban Joaquin y Ana, sin haber tenido fruto de su union, y sabido es que en aquellos tiempos era mirado como una bendicion del cielo el tener hijos, al paso que la esterilidad era reputada como deshonorosa. « Joaquin, dice el abate Orsini, que amaba á su esposa por su afectuosa dulzura y sus eminentes virtudes, no quiso agravar su infortunio dándole las letras de divorcio que la ley concedia entónces con tanta facilidad: él la conservó á su lado, y esos piadosos consortes, humildemente resignados á los divinos decretos, pasaban su vida en el trabajo, la oracion y la limosna ². »

La esterilidad era para ambos esposos motivo de una afliccion continua y de amargos sinsabores, pues sobre ellos pesaba el desprecio y el oprobio de las gentes. Los hebreos que tenian sucesion, bajaban al sepulcro con la esperanza

¹ V. M. Agreda, *Mistica ciudad de Dios*, parte 1.^a, l. I, c. XII.

² Orsini, *Historia de María Madre de Dios*, libro III.

de que de sus hijos pudiese ser producido el futuro Monarca de Israel. Joaquin se hallaba ya en una edad avanzada, y humanamente casi podia haber perdido toda esperanza de sucesion; pero fijando su confianza en Dios, le dirigia, así como Ana, fervorosas y continuas súplicas. Su virtud, su paciencia y sufrimiento tenian que pasar por una prueba terrible. Un dia se presentó en el templo de Jerusalem, con objeto de ofrecer los comunes dones y ofrendas en presencia del Sumo Sacerdote: allí le estaba reservado un oprobio que hubiera hecho desfallecer á cualquier varon, cuya virtud no fuese tan heróica como la que resplandecia en Joaquin: el sacerdote Issachar le reprendió ásperamente porque llegaba á ofrecer con los demas siendo infecundo, ordenándole que se apartase de ellos porque sus ofrendas y sacrificios no eran agradables á los ojos del Señor. Joaquin, con una resignacion más heróica que la del profeta de Silo, con una paciencia tan inalterable como la del príncipe de Hus, y con una abnegacion propia tan sólo de los hombres cortados á medida del corazon de Dios, no desplegó sus labios para quejarse, ni dejó ver en su semblante señal alguna que diera á conocer la honda pena de su corazon, aumentada notablemente por el oprobio que acababa de recibir por la brusca reprension de Issachar. Consignado estaba en las páginas de la Escritura, que las criaturas aceptables al Señor, deben probarse en la tribulacion ¹. Así el varon justo que habia de ser abuelo, segun la carne, del que, siendo inocente por esencia é impecable por naturaleza, habia de sufrir los mayores oprobios y afrentas y morir en una cruz por salvar á la humanidad, era necesario que anduviera á su vez por el áspero camino de la aflic-

¹ Eccli., cap. II, v. 5.

cion y la amargura. Como él sufre Ana, su bendita esposa, pero á ambos sirven los sufrimientos para que más y más se acrisole en ellos la virtud. ¡Premio extraordinario les tenia reservado la Providencia! Aquella promesa que Dios hizo á Abraham, diciéndole: *Te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y la arena que está á la ribera del mar... Y en tu simiente SERÁN BENDITAS todas las naciones de la tierra*¹, tuvo más inmediato cumplimiento en Joaquin, puesto que fué de la tribu de Judá y de la descendencia de David y de Abraham, y que su hija María fué la verdadera Madre de Jesucristo por quien el género humano fué colmado de bendiciones.

Dios escuchó por fin las fervientes plegarias de Joaquin y Ana, los que habian hecho voto de ofrecer y consagrar al servicio del Señor en el templo el fruto de sucesion que se dignase concederles. La venerable escritora María de Jesus de Agreda, en la obra ántes citada, dice que el Arcángel San Gabriel, por expreso mandato del Omnipotente, apareció primero á San Joaquin y despues á Santa Ana para comunicarles la nueva de la Hija que les habia sido concedida, ordenando al primero que habia de ponerle el nombre de MARÍA, la cual, añadió, desde su niñez ha de ser consagrada al templo del Señor, y en él á Dios, como se lo habeis prometido. Será grande, escogida, poderosa y llena del Espíritu Santo, y por la esterilidad de Ana será milagrosa Concepcion: y la Hija será en vida y obras toda prodigiosa. En cuanto á la embajada dirigida á Santa Ana, nota la semejanza que tuvo con la que más tarde fué hecha por el mismo Arcángel San Gabriel á la Virgen Santísima para anunciarla el gran Misterio de la Encarnacion del

¹ Gén., cap. XXII, v. 17 y 18.

Verbo, porque la bendita esposa de Joaquin se hallaba meditando con humilde fervor en la que habia de ser Madre de la Madre del Verbo Encarnado, y la Santísima Virgen, como á su tiempo se dirá, se hallaba igualmente meditando sobre la felicidad de la que habia de ser Madre de Dios.

Deciamos que Dios oyó las fervientes súplicas del santo matrimonio. Ana que por tantos años habia sido estéril, concibió á la criatura predestinada para la alta dignidad de Madre segun la carne del que no cabe por su inmensidad en los cielos ni en la tierra: en la obra admirable de la Concepcion, la gracia obró deteniendo los efectos del pecado original, y la naturaleza tuvo tan solamente la parte precisa é indispensable para que María fuese procreada de la descendencia de Adán, obrando sus benditos padres impelidos por la gracia y ajenos á toda concupiscencia. Así pues, mientras que Joaquin y Ana rendian al Omnipotente continuos homenajes de accion de gracias por el beneficio que les habia dispensado, María que no solamente habia recibido desde el instante de su Concepcion toda la plenitud de la gracia santificante, sino á mas, todas las que los teólogos denominan *gratis datas*, y por lo tanto estuvo adornada de perfecto uso de razon desde tan feliz momento, rendia tambien á Dios encerrada en el cláustro materno tributo de alabanza y accion de gracia, por haberla dado el sér, y adornándola con la preciosa joya de su divina gracia.

Cumplido que fué el tiempo del embarazo de Santa Ana, nace Maria sin pompa ni magnificencia exterior: su cuna no estuvo rodeada de grandeza ni los bienes de fortuna la mecieron en sus primeros dias, y como dice con elegancia el sabio y poético Orsini. «Esta rosa misteriosa, que San Juan vió mas tarde revestida del sol como de un ropaje luminoso, debia desplegarse á impulsos del viento abrasador de